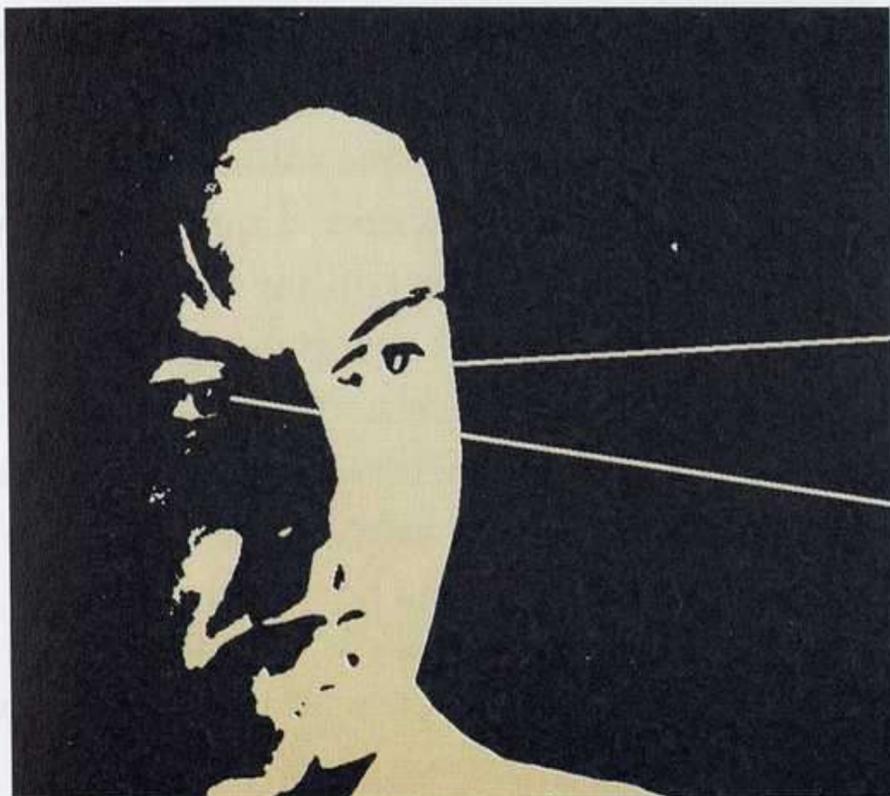


POR LAS VENAS DE FELIPE

Eduardo Mendicutti



COMO todo el mundo sabe, Felipe Benítez Reyes tiene una vena poética y una vena narrativa. A veces, las dos venas se le cruzan —como a otros se le cruzan los cables, pero lo de Felipe es mucho más ingenioso e inspirado, aunque no siempre mucho más apacible— y entonces escribe artículos.

Yo nunca he conseguido imaginarme del todo cómo se le pone el cuerpo y, sobre todo, lo que al parecer tenemos debajo del cuerpo, sea lo que sea, a quien de repente, o con el misterioso ritmo que puedan imponer las musas, se le queja, se le pone lánguida o se le encabrita la vena poética. A algunos, la vena poética les sale sesuda o incluso hermética, pero la verdad es que a esos sí que se les nota mucho cómo se les pone el cuerpo y lo que todos tenemos debajo del cuerpo. Después están esos poetas de los que nadie diría a simple vista que hacen versos, pues sólo cabe imaginarlos haciendo paellas, certificados de defunciones o punto de cruz. No es, en absoluto, el caso de Felipe. Hasta los más zopencos de los prosaicos podemos distinguir sin ninguna dificultad que Felipe Benítez Reyes es un poeta de fiar. Hay algo en su porte, en su manera de vestir, en su forma de hablar, en su modo de mirar a las señoritas y de desentenderse de los caballeros, que sólo tiene cabida en un buen

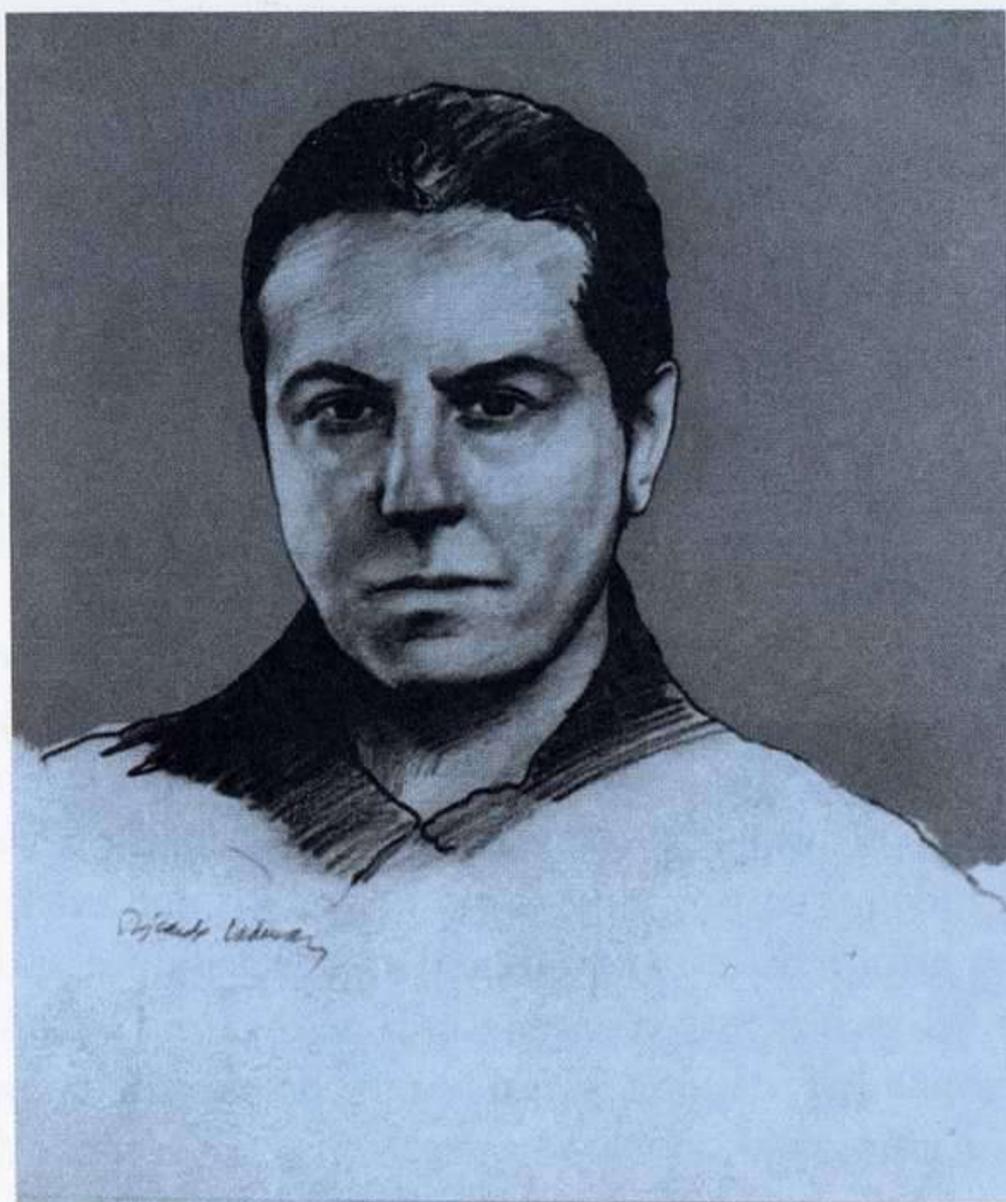
poeta, en alguien capaz de hacer de la concisión un lugar espacioso y lleno de recovecos muy sugestivos, capaz de hacer de la sobriedad un prodigio de seducción, capaz de convertir el virtuosismo técnico en un milagro de emoción y complicidad. Yo leo siempre con gran aplicación y cuidado los libros de poemas de Felipe y siempre acabo descubriendo que en esos versos sabios, cálidos, certeros e imprevisibles alguien está hablando de mí. No es poco mérito el suyo.

De todas formas, y soy consciente de que sólo a causa de mis precariedades líricas, con el Felipe que más disfruto es con el que se deja llevar, con regularidad digna de un inventor de historias con las que posponer las desgracias, por su vena narrativa. Un relato suyo es siempre una invitación a quedarse un buen rato con la boca abierta. Una novela suya es, sin fallar, una invitación a quedarse con la boca abierta durante el tiempo que haga falta, hasta apurar la última página. Al principio, yo leía las historias de Felipe y me costaba trabajo imaginar de dónde las sacaría ese muchacho que, después de todo, había nacido en Rota y vivía en Rota, lo que por supuesto no es ningún desdoro a los ojos de nadie, excepto a los ojos de alguien que haya nacido en Sanlúcar, como es mi caso. Hasta que hice con él un más que improbable viaje de pocos días a Puerto Rico y fuimos a caer en un San Juan medio desbaratado por los huracanes, en una fantasmal Feria del Libro, en un hotel de pésima muerte y, por culpa de la debilidad de Felipe por la molicie y otros privilegios de la alta burguesía, en la casa del Cónsul General de España: sé que en esta casa dejamos un recuerdo imborrable, por más que el dormitorio que yo ocupé tal vez lo fumigaran después de que el cónsul leyera una entrevista en la que yo daba cuenta, con el desparpajo que me caracteriza, de todas mis debilidades públicas y privadas. Pues bien: ahí, en esa casa suntuosa y ajena, viendo a Felipe moverse por allí como Pedro por su mansión, comprendí que sólo alguien capaz de semejantes desenvolturas entre tantos lujos y tanto servicio del prójimo puede imaginar historias tan sutiles o tan delirantes, inventar personajes tan parecidos al monstruo que cada uno de nosotros esconde dentro de sí o al serafín sonámbulo en el que todos nos convertimos en alguna hora del día, narrar la vida más estrambótica o la experiencia más delicada con la radiante convicción de que nadie más que sus personajes y sus lectores son capaces de vivirlas y de comprenderlas. Claro que para conseguir eso el muy bandido cuenta con la ayuda desaprensiva de su prosa.

Y digo desaprensiva porque no es justo que alguien sea capaz de escribir como escribe Felipe Benítez Reyes. O, por lo menos, no es justo que, además de escribir así —con una sorpresa verbal a la vuelta de cualquier renglón, con un adjetivo glorioso junto al sustantivo que en otras manos parecería siempre opaco y resignado, con una comparación inaudita o una metáfora asombrosa en mitad de una frase que a cualquier otro le quedaría de trámite, con ese sen-

tido del ritmo y de la atmósfera lingüística, con ese refinamiento en el arte de entreverar lo culto con lo coloquial, de modo que no parezca ni lo uno ni lo otro, sino algo nuevo, diferente, incomparable e inconfundible—, además de gastar ese estilo, digo, lo utilice para componer narraciones que a nadie más se le ocurrirían y artículos que aciertan siempre a poner, con parsimoniosa ironía o con saludable impertinencia, el mundo al revés.

Felipe, hijo —¡por tus venas!—, escribir como tú escribes tiene un nombre feísimo: competencia desleal.



Ricardo Cadenas, Felipe Benítez